

Cuentos de lluvia I

María Laura Sandoval



Capítulo 1

-Escuchá, escuchá bien cómo caen, y cuando pasan los autos, las ruedas las empujan y atropellan en el asfalto y se hace un griterío de gotas y charcos. ¡Cómo me gustan los días de lluvia Bernardo!-

En la ciudad, la lluvia hace que anochezca temprano, no es como Buenos Aires o Rosario, donde se llena de autos y colectivos, esta es una ciudad de la provincia de Buenos Aires, de esas que no tienen demasiadas invitaciones cuando llueve, más que el mate, las tortas fritas y alguna película en la tele. Siempre y cuando no haya tormenta eléctrica.

-¿Bernardo, vos crees que mañana va a refrescar? con tanta agua y humedad nos vamos a morir de frío esta semana.-Bernardo no dice nada- ¿Sabés qué? voy a prender un rato la radio, y me fijo qué hay para cocinar. Por suerte vos no sos pedigüeño ni exquisito, porque viste que hay otros que si no es carne a la plancha no dan ni un bocado. Por eso te quiero, porque sos bueno conmigo- Dice Analía mientras le aprieta los cachetes a Bernardo que la mira embobado-

La lluvia sigue cayendo con fuerza, a veces se cansa y toma aire, pero después regresa con más cuerpo, ruido y esa luz gris que cubre el cielo. Analía pone la mesa para dos y se sienta despacito en una silla de madera vieja.

-¡Vení Bernardo! ¿no ves que ya está la comida en la mesa?... ¡Bernardo!, ¡dale! que se te enfría esto.

Bernardo camina sigiloso por la casa, cruza el living de listones de madera sin hacer un ruidito, se detiene para rascarse la espalda contra el borde de la arcada que conduce al comedor, y sigue, lento, lento, hasta sentarse en la silla junto a Analía.

-Preparé arroz con albóndigas, probálas, vas a ver que ricas que están. No les puse pimienta porque la ultima vez te hizo mal a los intestinos, así que podés comer tranquilo...

¿No es lindo?, ¿no tiene algo de amoroso cuando llueve así, tanto? No te digo que es romántico, te digo que es amoroso, como si fuese un descanso. Si no lloviera tendría que acompañarla a Carmen al grupo de viejas esas que tejen, con esos perfumes fuertes y dulces que me relajan el estómago...

Pobre Carmen, ¡también! está muy sola. Yo le dije que se busque una compañía, o que le pida a la hija que le pague a alguien para que se quede con ella a la noche. ¿Mirá si algún día se descompone?, no nos vamos a dar cuenta hasta que no empiece a hacer olor, porque encima en ese cuartucho donde vive, no tiene ni un patiecito, ni un balcón donde pueda salir a pedir una ayuda.

Bernardo, concentrado en su plato, se chupa las uñas después de haber terminado de comer todas las albóndigas de carne que Analía le había servido. Analía hace una pausa, y empieza a comer mientras los dos miran por la ventana del comedor que da a la calle. Las gotas se aferran inútilmente contra el vidrio, pero se resbalan, y se caen con una velocidad inimaginable. Un metro más allá del vidrio, del lado de afuera, cae el chorro del desagüe del techo, y hace un barullo importante contra las baldosas coloradas y desteñidas de la vereda.

-¡Te comiste todo! ¡¿eh?! ¡te dije que estaba rico!. Se las compré al hijo de Carlos, que se quedó con la carnicería del padre, y por suerte este trae carne buena. Carlos traía cada porquería, a veces te tocaban unos cortes que parecían una suela de zapato. Además, el hijo, prepara milanesas, albóndigas, hamburguesas... No sé si las prepara él o la mujer, esa gordita petiza que está siempre en la carnicería a la tarde.

Analía sin decir más nada, junta los dos platos, los cubiertos, y los lleva a la cocina; después vuelve y se lleva el sifón de soda, la botella de vino y la taza donde Bernardo toma agua. Por último levanta el mantel y lo arruga para que no caigan migas en el piso del comedor, lo lleva hecho un nudo hasta la puerta de la cocina que va al patio, abre la puerta y lo sacude. Antes de cerrar nuevamente la puerta, Analía deja salir un "iaaaaaaaaaaaaaa!" agudo y de sorpresa mientras ve como el patio se le llena de charcos y las gotas rebotan en la tierra y salpican el caminito de baldosas llenándolas de barro.

-¿Podés creer?, esta lluvia de mierda me esta ensuciando todo... Mañana voy a tener que ponerme a arreglar las plantas, porque tengo dos que se me están ahogando.

Antes no era así el clima, antes llovía y era lindo, después paraba y listo, en invierno hacía frío, en verano hacía calor, y el otoño era otoño, y en la primavera empezaba el calorcito. Ahora es una cagada Bernardo, ahora tenemos dos días de invierno, cuatro de verano, uno de otoño y dos de primavera. De lo único que no me quejo es de la humedad, porque acá siempre fue húmedo desde que yo era chica, me acuerdo que mi mamá le pedía a la Chuchi, que cuando lavara la ropa la deje colgada en el lavadero con la estufa prendida y después te ponías la ropa con un olor a kerosenne que ni te cuento, pero en invierno era imposible si no, de alguna manera tenías que lavar y secar. Ahora con los lavarropas automáticos, los secarropas y el radiador ese que me puso Hugo en el lavadero, nosotros estamos salvados, por eso tenemos todo limpio y sin olores.

La que tiene un kilombo con la ropa, es la Pocha, ¡Pobre mujer!, tiene al hijo de cincuenta años adentro de la casa todavía, y el marido que está postrado en esa sillita, y ella lava, plancha, seca, todo como puede. A veces el hijo va con los amigos a hacer un asado al quincho, y la Pocha les prepara: que la tortita, que la ensalada, que el pancito casero, que le lava los platos... ¿Podés creer? ¡Pobre mujer, no descansa más!

En cambio yo, mirá, estoy acá con vos, tenemos todo que brilla, tranquilos, podemos descansar en el sillón, buscar algún programa que nos guste en la tele, en un rato traigo el budincito de limón que compré ayer, así te sacás el gusto, que a vos te encanta ese budincito.

Mientras se acomodan en el sillón, mullido, Analía enciende la televisión y la voz de la locutora en una publicidad de desodorantes de ambientes, inundaba todo el living, mientras Bernardo se iba durmiendo poco a poco, refregándose los ojos y estirándose disimuladamente contra el almohadón del sofá.

Analía toma el teléfono que está en la mesita junto a ella, y marca un número, mientras espera con el tubo en la mano.

-Hola, hola Huguito, me escuchas bien -dice, levantando la voz- escúchame mi amor, estaba pensando en tu regalo de cumpleaños y me di cuenta que cae viernes -se queda en silencio, escuchando atenta- si, si, claro -responde con un tono de poca importancia- Si, yo me imaginé que iban a estar ocupados ustedes, sobre todo tu mujer que está esclava con ese hospital de mierda, ¿por qué no se mete a trabajar como vos en una clínica privada, y se deja de joder con esas guardias?...-Se queda en silencio asintiendo con la cabeza en un modo desesperanzado- Bueno, bueno, no te hagas problema mi amor, te mando algo con el transportista, y listo, una pavada, un relojito o algo de eso que puedas usar... Bueno, mi vida, no te robo más tiempo, seguí trabajando corazón, los espero en las vacaciones.

Analía corta el teléfono, mira alrededor, y Bernardo duerme mientras la casa se llena de la voz fría de la televisión, invadida por la luz gris de la tormenta que entra por las ventanas que dan a la calle principal de la ciudad. Después se levanta puteando bajito a Huguito, y bien erguida se va a la cocina a cortar el budín de limón y preparar el café. Se escucha el taconeo, y ese ritmo es de cuando está enojada, que pisa más fuerte y hace los pasos más cortitos.

Los pasos salen por la madera del suelo del living y se hacen agudos al llegar al comedor donde la cerámica los convierte en un estruendo, luego se van apagando cuando Analía llega a la cocina, que está bastante lejos. De pronto un ruido, una explosión apagada, y el estallido de la taza de café, la bandeja de metal, la cucharita, el cuchillo y el plato del budín que se rompen en el suelo.

Bernardo abre un ojo, después el otro, y camina con un paso apurado para ver qué pasó. Cuando llega junto a la heladera se encuentra con Analía en el suelo, mezclada con café, azúcar, pedazos de tazas, y budín. Bernardo maúlla suavemente, le duele ver a Analía tirada como una alfombra sin que le hable, pero se tienta, quizá por saber que no puede hacer mucho, y se pone a comer el budín de limón.